

# 1

Ahora, mientras espera que anuncien la salida del avión, René muerde su dedo medio deforme. El anular de la mano izquierda. Un dedo diferente, levemente elefantiásico, la yema abultada, coronado por una uña disminuida, en comba, difícil de cortar. Un dedo que por mucho que rasguñe, chupe o mordisquee, ya no va a poder cambiar. Va a ser siempre suyo. Podría amputárselo, en ese caso sería más suyo todavía. Antes, le pasaba seguido de soñar con ese dedo, como si no le perteneciera, en tamaño gigante, un ente autónomo, animado, un monstruo bueno dejándose observar. Porque los otros nueve dedos son sólo dedos, más o menos útiles, más o menos prescindibles. Dedos. Pero éste, por ser distinto, defectuoso, tiene pasado, remite inevitablemente a sí mismo, al corte, al accidente. Por eso, mordiéndolo, muerde más allá, se muerde entero.

El recuerdo ya es pura invención y sin embargo aparece cada vez más vivo, exacto, definido. Una fracción de segundo le basta para evocarlo y otra para deshacerlo. Puede ver en un

mismo pantallazo los siete cuadros congelados que encierran el episodio. Uno: la corrida por los fondos de la casa, mareado como un trompo, ebrio por el juego, escapando de alguien, otro chico, mayor que él, aunque no tanto, que en la persecución lo hace trastabillar y reírse mucho. Dos: salta una tapia sucia, oxidada, también un cerco, y entra en una casilla vieja con olor a mierda reseca, el escondite perfecto. Tres: espía, un ojo cerrado, el otro asomándose por un hueco que se abre entre los listones de madera, la sombra del chico merodea, arrastra los pies formando una breve nube de polvo. Cuatro: sus dedos, los de la mano izquierda, como pasa un minuto largo sin que el otro dé señales, se aferran por instinto al marco de la puerta, justo sobre las bisagras, justo cuando el chico está por abrir, de una vez, brutalmente, nunca sabrá si con maldad o no. Cinco: el filo de la puerta se ensaña con el dedo, rompiéndolo, torturándolo, como una hélice desbocada que da vueltas, vueltas, y más vueltas, sin parar. Seis: igual a un gigante herido, o pudoroso, toda la atención la ocupa su dedo envuelto en un pañuelo blanco con flores amarillas bordadas en el centro y en las esquinas que en el tiempo que dura la carrera al hospital la sangre va tiñendo de rojo. Siete y último: la salida de la clínica, primera muerte y resurrección, ya nada importa salvo la falda larga de su madre que sigue de cerca, rozándola con el brazo, el hombro y el dorso de la mano, casi sin intención, que le marca el camino llena de promesas de cuidado exclusivo. Así es, más o menos, el recuerdo que se inventó y que repite sin querer de tanto en tanto.

Por un rato, porque empieza a lastimarse, René esconde el dedo en la palma de la mano cerrando el puño y levanta la mirada que, después de pasearse sin rumbo por ese espacio enorme y despoblado, va a dar con un pequeño tablero electrónico que anuncia su vuelo. Está sentado en la esquina de una hilera de sillas cromadas, en el ala sur del aeropuerto de Arlanda. Rodeado por una cantidad de bultos que, se ve, no le pertenecen, parece el padre de una familia numerosa que sale de vacaciones. En las sillas de los costados, en el piso, junto a sus pies, debajo del asiento, hay bolsos, mochilas, filmadoras. El avión está en la pista, zumbando. Hace mucho tiempo que no ve uno tan de cerca: ese aparato macizo, inmenso y fantástico como un leviatán, inabordable desde todo punto de vista, que en tierra parece tan seguro, un refugio ideal para tormentas, nevadas, huracanes, pero que allá arriba, en el aire, resulta tan absurdo, tan terco.

El vuelo a Madrid dura unas cuatro horas y en principio no hay ninguna razón para que no sea tranquilo. Así le dijeron, que ni iba a darse cuenta. Ahí hacen transbordo y toman otro avión que pasa por San Pablo, Buenos Aires y finalmente llegan a Santiago. En total, cuatro despegues y cuatro aterrizajes. ¿Cómo es que no pudo encontrar un vuelo directo desde Madrid? Le dijeron que con la crisis las frecuencias hacia el hemisferio sur habían disminuido un 30 %. Le habían ofrecido un pasaje con una escala menos, pero René no viajaba solo y la idea de dividir el grupo lo inquietaba todavía más. Podía ocurrir que alguno de los dos aviones, el suyo o el otro, tu-

viese que atravesar una tormenta en medio del océano. Lo acompañaban dos suecos todavía casi adolescentes. Igual de altos, una cabeza por encima de René, Elías, más bien esquelético, Saga, con espaldas de hombre, a pesar de ser hermanos mellizos, no compartían muchos rasgos, sólo piercings, flequillos y cicatrices. Viajaban a Chile como voluntarios de la Cruz Roja en una misión que ni ellos, ni René, ni nadie, conocía muy bien.

Calculó más o menos una hora y cuarto para el despegue. De su billetera sacó la media pastilla que tenía preparada envuelta en un trozo de papel de seda. La tomó con cuidado, entre el índice y el pulgar, se la puso en la boca y la tragó con saliva. También traía, en otro bolsillo, una tableta de caramelos masticables contra el mareo y las náuseas que pensaba usar sólo en caso de necesidad. Le temblaban un poco las manos, eso era nuevo. Se había pasado toda la noche ordenando la casa, limándose las uñas, preparando la valija, los papeles, el *necessaire*: dos cepillos de dientes, uno plegable, para el día, otro eléctrico, para el hotel, un raspador de lengua, dos tubos de pasta dentrífica, un perfume, la loción aftershave, hisopos, analgésicos, pañuelos descartables, la afeitadora Philips, tres limas, hilo dental, dos cajas de preservativos, una de ultrafinos, otra de ultralubricados, una pomada para las hemorroides, crema cicatrizante, gasa, cinta adhesiva, una pinza depiladora. Habrá dormido tres horas, como mucho. Estuvo un rato en la computadora, fijándose en el pronóstico. Nada nuevo, lo mismo que se venía anunciando en los días anteriores:

nubes, frío, mucho frío. Pero nada de tormentas. También se metió en una página porno que visitaba regularmente dedicada a chicos sudamericanos y revisó, por costumbre, porque estaban a un par de clicks, las galerías de fotos y videos del día: amateurs, negros, musculosos, tríos, orgías caseras, chicos masturbándose, practicando *fist fucking*, uniformados. Muchos mejicanos y ecuatorianos, menos brasileños, algunos colombianos y peruanos, pocos uruguayos, dos o tres chilenos. Antes, durante un año, había sido miembro de un sitio danés que transmitía la vida en el interior de una casa donde convivían tres parejas gays más o menos promiscuas según la tarifa que se pagaba. Y aunque se había abonado a la categoría Premium que ofrecía la novedosa cámara *Penis eye*, René había terminado aburriéndose, las caras se repetían, igual que los decorados, la familiaridad volvía todo triste y banal.

Abrió el pasaporte. Junto a la tarjeta de embarque, doblada en cuatro, encontró la hoja donde había resumido las fases del autocontrol. Se puso a leer en voz baja, moviendo los labios apenas. Por recomendación de Kauffmann, el psiquiatra que le había indicado los ansiolíticos, René se había inscrito en un curso para vencer el miedo a volar. A las pastillas hay que ayudarlas, le había dicho Kauffmann. El método fomentaba el dominio de sí mismo mediante tres pasos cuya internalización resultaba esencial para llevar a cabo la técnica con éxito: la relajación muscular, músculo por músculo, de la cabeza a los pies, siempre acompañada por respiraciones lentas y profundas; la elaboración de una lista de miedos ordenados cro-

nológicamente para evitar lo que ellos llamaban «la angustia del caos multiplicador»; por último, la visualización de las escenas temidas, una síntesis de las fases anteriores.

En el curso les habían dado una serie de prospectos con información técnica sobre el funcionamiento de los aviones, especificidades atmosféricas y meteorológicas, incluso un breviario teórico sobre la psicología de los miedos. Como servicio extra se ofrecía la posibilidad de volar en un simulador que recreaba las sensaciones más frecuentes de un viaje en avión durante veinte minutos incluyendo algunas situaciones críticas: turbulencias, pozos de aire, despresurización. Se advertía sin embargo que si bien en la mayoría de los casos el paso por el simulador tenía resultados positivos, otras veces la experiencia podía aumentar la sensibilidad. Oyendo esto, René, por supuesto, prefirió no arriesgarse.

Durante el primer encuentro, a partir del caso de una pareja de jubilados sobrevivientes al naufragio de un crucero por el mar Báltico, el coordinador, un joven psicólogo prematuramente calvo, señaló que el origen de los miedos era múltiple y que las personas solían exponer una causa fácil de relatar que ocultaba otras razones, más profundas y verdaderas. Como a todos, y a pesar de sus ruegos, a René le llegó el turno de hablar. Se presentó. Contó que había viajado en avión una sola vez en su vida, a los dieciocho años, en julio del 73. De Santiago a Estocolmo. Dijo también que desde entonces vivía en Suecia. Lo cierto es que de aquel viaje recordaba poco, alguna turbulencia cruzando la cordillera, un niño vomitan-

do en una bolsa de papel, nada verdaderamente traumático. Los miedos habían venido más tarde y con los años se le había armado una bola de nieve en la cabeza. Así dijo, una bola de nieve. El asunto es que no toleraba la idea de estar encerrado en un aparato suspendido en la nada. Cuando terminó de hablar tuvo que soportar estoico los comentarios de los demás. Dos mujeres con anteojos fueron las primeras en opinar. Para ellas, el caso de René era evidente, lo que le daba pánico no eran los aviones, ni la altura, ni la posibilidad de un accidente, sino enfrentarse al pasado, a la vida que había dejado atrás. Muchos, en silencio, estuvieron de acuerdo. Eran dos mujeres difícil de distinguir una de la otra, mismos rasgos, igual textura, misma ropa, idéntico maquillaje. René las escuchó con mucha atención, cabizbajo, un poco como si recibiera un reto. También habló un rubio de menos de treinta con una serpiente tatuada en la sien. Para él, el pasado no existía, el pasado nunca podía dar miedo, era la excusa de los débiles. El rubio cosechó sus adeptos aunque unos cuantos, la mayoría, se notaba en la expresión de las caras, parecieron no entenderlo del todo. Después de que cada cual contara su experiencia, lo que llevó una buena hora, se hizo un silencio largo. El joven psicólogo suspiró fuerte, sonrió, alzó las cejas, todo a la vez, con satisfacción oriental, dijo que se habían escuchado muchas cosas, algunas muy interesantes y que cada uno debía intentar elaborarlas en soledad. Al salir, a pesar de las palabras de aliento de una de las mujeres con anteojos, René sintió una gran decepción. Igual siguió yendo hasta el final. Después vi-